



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9561

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

VIERNES 15 DE SEPTIEMBRE DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Canmartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

Para los agricultores.

Prensas de palancas múltiples para vino.—Tijeras para vendimiar.—Id. para podar.—Máquinas para desgranar panizo.—Id. para taponar botellas.—Id. para limpiar id.—Id. para picar y embutir carnes.—Hornos de acero.—Azadas, legones y rastros de id.—Incertadores.—Filtros para vinos y licores.—Agotadores para botellas.—Cepillos, cadenas, lesdichés, etc. para bocoyes.—Bombas de trasego y otras.—Armarios especiales para botellas.—Cestas ídem para idem.—Arados de vertedera fija y móvil.—Embudos automáticos.—Mobiliario para jardines.—Caretillas para sacos.—Espino artificial para cercas.—Jarrones, macetas, balaustres etc.—Básculas sin numeración.—Vía estrecha para trasportar frutas.—Wagoncitos, plataformas, etc

De venta en el MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

PIDANSE CATÁLOGOS Y DIBUJOS.

COLABORACION INEDITA

EL IMPERIO DE LAS ROSAS.

(CUENTO PARA LOS NIÑOS)

I.

El Reino de las Rosas podía servir en el tiempo á que se refiere mi relato, por modelo de naciones bien organizadas, prósperas y felices.

La cultura general era admirable; los centros de enseñanza difundían maravillosamente la ilustración; y á tales condiciones de inteligencia y de laboriosa y obstinada aplicación, unían los naturales del país una bondad proverbial en todo el mundo entonces conocido, un corazón magnánimo, un espíritu abierto á todas las generosidades.

La naturaleza colmaba de bienes á aquel pueblo bendito de Dios; y jamás ojos humanos vieron arroyos más claros que los de Rosas, ni cie-

lo más azul, ni atmósfera más tibia y embalsamada.

De la tierra brotaban á millones con fecundidad prodigiosa las flores que daban nombre al Imperio, y con rosas parecía amasado el cuerpo de sus mujeres; y con olor de rosas formado su aliento.

El rey de aquel pueblo era más que soberano padre amoroso de sus súbditos; consolaba al triste, lloraba con los desdichados y repartía con manos pródigas la felicidad.

Su cetro no hacía nacer como las varitas de virtudes de los cuentos de hadas, tesoros y riquezas; pero donde se posaban surgía la esperanza y la paz.

De muy luengas tierras acudían las gentes atraídas por la celebridad de aquel reino.

Los desdichados de todas partes, los corazones nostálgicos de amor, las almas ansiosas de bien, llegaban constantemente en peregrinación penosísima al camino único estrecho, escarpado, casi inaccesible que conducía á aquel oasis.

Aunque la fama del Imperio era tanta, los espíritus débiles, los impuros, los malvados, retraíanse de intentar la ascensión atemorizados por los peligros y las molestias del viaje.

En las etapas de este ibanse quedando atrás los rezagados, los faltos de energía, los enamorados de la molición y viciosos.

A las puertas de Rosas no llegaban más que los varones fuertes, templados en la adversidad, limpios de corazón, sanos de espíritu.

II.

Pues ocurrió que habiendo llegado á España, como á todas partes la fama del Imperio de las Rosas, los tres hijos del monarca que entonces gobernaba nuestros destinos se propusieron visitar la venturosa nación para implantar en la suya los adelantos que vieran establecidos en la de las Rosas.

El mayor de los príncipes que era fiero y valiente se petrechó de to-

das armas y emprendió lleno de arrogancia el camino, dispuesto á librar cien combates para llegar al fin.

El hijo segundo era sabio; repasó afanosamente sus libros, refrescó el cúmulo de conocimientos atesorados en su memoria y se puso en marcha confiando en que su superioridad científica le haría vencer antes que los demás los obstáculos del sendero temido.

El tercero no era fuerte, ni sabio; no era hermoso como el primero, ni inteligente como el segundo; ni gustaba de guerrear como su hermano mayor ni se dejaba absorber completamente por el estudio, como su otro hermano.

El rey solía pasarse meses enteros sin ver á sus dos primeros hijos; las aficiones guerreras del mayor teníanlo casi constantemente alejado de la corte; era el primero que se alistaba para todos los combates y cuando reinaba la paz empleaba sus ocios en la caza mayor, peleando cuerpo á cuerpo con animales fieros á los que gustaba de vencer.

La fama de su temple y la bravura de su corazón corrían en lenguas por todas partes y los hombres jóvenes envidiaban su arrojo, y las mujeres enamoradas señalábalo como modelo á sus amados.

El otro príncipe pasábase su vida entregado al estudio, dominaba las ciencias, cultivaba la alquimia y los hombres sabios del reino tenían en él puestas sus esperanzas y creían que la piedra filosófal era problema insoluble como él no lo resolviera.

El Benjamín no desdefiaba el estudio, ni la caza, ni la guerra cuando esta dirigiase contra enemigos de su patria.

Pero gustaba sobre todo, del bien, y los pobres bendecíanle mil veces al día y las madres rogaban á Dios que formase el corazón de sus hijos como el del caritativo príncipe.

La Reina y el Rey, sonreíanse

orgullosos cuando alguien les alababa la bravura de uno de sus hijos ó la ciencia admirable del otro; pero los elogios que les llegaban al corazón eran los dirigidos al pequeño cuyas nobles acciones eran el mejor y más valioso brillante de su corona imperial.

—Y tú—dijéronle sus enamorados padres—no vas como tus hermanos al Reino de las Rosas.

—Iré cuando ellos vuelvan—contestó—porque no quiero abandonaros.

El guerrero no pasó del primer tercio de la senda: pesábale mucho las armas: el camino que era el más difícil de cuantos el joven había visto nunca, hacía imposible el transporte de aquellos útiles que para nada le servían en aquel camino estrecho y solitario, donde no había peligro alguno que poder vencer con las armas.

El alquimista fue dejando entre las rocas del camino sus libros primero, sus redomas después; ni aún así pudo llegar á la cumbre: una tarde cayó rendido, exhausto ya cerca de las brillantes puertas del Imperio de las Rosas: una melancólica puesta de sol llenaba el espacio de grana y ópalo; el sabio sintioso poseído de infinita tristeza, y lloró, ante las puertas del eden deseado, los años perdidos en estudios infructuosos para sus semejantes; y comenzó lleno el corazón de amargura, el descenso.

El Benjamín se despidió de sus padres cuando regresaron mohinos y tristes sus hermanos. Por equipaje no llevó militares arreos, ni libros inútiles: guardó en su alma el perfume de los últimos besos de sus padres, en su oído el rumor de las bendiciones con que le despidieron sus súbditos; y empezó á escalar la empinada y abrupta senda.

Y andó mucho, muchos días y muchas noches. A veces sentíase desfallecer y reposaba un instante en el borde del camino. Un ángel le cerraba los ojos y le proporcio-

naba en un segundo una hora de descanso.

Muy cerca de las Rosas bifurcaba el camino y el pobre manco se detuvo indeciso sin saber por donde seguir. Por uno de los senderos vió el joven venir un tropel de mujeres hermosas. Una de ellas rodeó su cuello y le dijo:

—Ven: ven con nosotras: este es el camino de la felicidad.

El joven la apartó de sí suavemente, y preguntó á un pobre leñador que vió llegar por la otra senda, cargado con un inmenso haz cuyo peso le rendía y encorbaba el cuerpo.

—Decidme, pobre viejo:

¿Sabeis cual es el camino del Reino de las Rosas?

—Sí que lo sé.

—Queréis que os lleve el haz de leña, que es para vos tan pesada carga, y vos en cambio me serviréis de guía?

—Acepto con una condición—dijo el leñador sonriendo dulcemente—con la de que me permitas subir sobre la carga de leña y que nos lleves á los dos áuestas.

Dió su conformidad el joven y comenzó la penosísima ascensión; gruesas gotas de sudor caían de la frente del bondadoso príncipe, que tropezaba muchas veces agobiado por el excesivo peso.

Pero al cabo de algún tiempo notó que la carga se aligeraba: volvió la cabeza para ver si caía leña ó huía el viejo y no observó variación ninguna.

Sin cesar disminuía el peso, y el Benjamín volaba sin posar apenas los pies en el sendero. Una de las veces que revolvió la cabeza para observar al leñador, le pareció ver que de la carga de leña surgían dos alas grandes y blancas.

Y al fin, una mañana, cuando la aurora pintaba en el cielo sus primeras pinceladas de luz y el sol naciente teñía de carmin, el espacio, llegó el carinante al término de su viaje. Un intenso y embalsa-